

Auroficciones

Introducción al dossier “La mirada endorecida: El dorado, una heterotopía”

Marcela Cecilia Marín
Facultad de Filosofía y Humanidades UNC
marcecimarín@gmail.com

ORCID: 0000-0003-3144-9129

Pablo Julián Méndez
Artista y curador, residente actualmente en Francia
mendez.pablo.julian@gmail.com

ORCID:0009-0003-3053-9330



“Hay que tener una desconfianza absoluta y total con respecto a todo lo que se presenta como un retorno. Una de las razones de esa desconfianza es lógica: de hecho, nunca hay un retorno”

(Foucault, 2010, 100-101)

Partimos de esta imagen que, azarosamente, recogimos en medio de una clase pública de Letras, frente al Pabellón Venezuela, este segundo semestre de 2024. Una estrella dorada, baratija de cotillón, depositada en el suelo, asomaba en el pasto, entre medio de bancos de clases cuya disposición cartografiaba círculos e imaginaba espacios áulicos en el exterior de los edificios, en medio de una toma que buscaba visibilizar la precariedad universitaria acrecentada en el contexto de este “anarco”-necrocapitalismo que impera desde diciembre de 2023. Mientras sucedía esta clase, bajé la mirada al suelo, sonreí al ver esta estrella dorada de cotillón y tomé esta imagen; se la compartí a Pablo, en la intimidad de nuestra conversación sostenida por *whatsapp*. Cuando comenzamos a pensar la escritura compartida de esta introducción, Pablo sugirió comenzar desde aquí.

Paraíso incandescente que arde en la espesura de sus relatos, sangra el metal en el intersticio de las palabras que lo nombran y las visibilidades que da a ver. Si, como sostiene Foucault, las heterotopías minan secretamente el lenguaje (2008, 11) ¿Qué sintaxis entre las palabras y las cosas arruina El Dorado? Siguiendo la pregunta de Defert, que cuestiona si el espacio acaso no aparece como una inmensa página en blanco donde se escribe la meta-narración del capital, consideramos que la espacialización narrativa del capital y la mineralización capitalística de los relatos vienen escribiendo *hetero-t(r)opo-grafías de una semiótica extractiva* (Haraway, 2017, 79) (Villalobos Ruminot, 2016). Entonces, ¿de qué trazas doradas somos contemporáneas en este suelo?

Espejos, colonias, minas, canteras, salares impugnan, cual heterotopías, los espacios que vivimos. ¿Respecto de qué espacios el dorado es una heterotopía? Respecto de lo etéreo, límpido, instantáneo, inmaterial del mundo digital y del internet satelital de Elon Musk; de la obscenidad de Silicon Valley; de las oscilaciones del bitcoin; de la capacidad de almacenamiento de energía y la producción de memoria de diferentes dispositivos tecnológicos (Parikka, 2021) Pero, también, del polvo informe de las canteras, de los open pit, de las sopas químicas y los diques de lixiviación, de los montes quemados, de las escombreras y pilas de chatarra electrónica acumulada; un espacio otro respecto de la falta de acceso al agua. La doble valencia del dorado, de exceso y falta, convergen en este relato trágico que insiste en la promesa de una fuente inagotable de recursos-mientras encandila y anestesia la mirada para ensombrecer pérdidas irreparables- pero, siempre, en otra parte.

Recuperamos, como parte del título de la convocatoria a nuestro dossier, el concepto mirada endorecida de Candice Hopkins para desplegar fuerzas afectivas de luz y lenguaje que

tocan El Dorado, piedra angular en la encrucijada de la conquista. Mito lítico que cuenta con los artilugios del metal y se enreda entre lo subterráneo y lo astral; fabulación arquitectónica y arquitectural abigarrada, poblada de yacimientos y meteoritos; trama íntima afectivo-narrativa entre agencias orgánicas e inorgánicas que endorece la imaginación; una geonarración, para decirlo con Cohen (2015), que encontró suelo fértil en las predregosidad americana. Impresión lítica situada que viene incrustada, desde los relatos de la conquista, en narraciones escritas sobre, con y por los metales. Vertiginosa multiplicidad cronoestratigráfica, lo lítico empuja periodizaciones de la vida humana hacia extensiones temporales inmemoriales.

Si partimos de la agencia actuante del lenguaje humano, según la Real Academia Española (y justamente por ser aquella del reinado que conquistó América), dorado lleva, entre sus posibilidades, nombrar un color, un pez, una constelación austral, un conjunto de adornos metálicos o de latón (aleación cobre y zinc); nombra el efecto de la acción de dorar ("*gild out*"), de dar color o cubrir con oro u otra fuente (puede ser el sol en la piel humana) la superficie de algún cuerpo; encubrir palabras y cosas consideradas desagradables. Como participio, que ha recibido la acción de dorar, adjetiva lo glorioso, radiante, feliz. De alguna manera, entonces, dorado nos lleva a otra cosa que, por su cualidad visual, brilla o se acerca a los colores que definen al oro. Etimológicamente, dorado proviene del latín *deauratus- deaurare* (cubrir de oro). Dorado, entonces, es el nombre de un espectro de colores (amarillo, ámbar, marrón, naranja, ocre) efecto de la agencia del oro: el resplandor brillante del metal, un afecto visual. El brillo del oro acontece en la mirada -encandilada, ardiente- efecto del encuentro astral. Encontrarse con *lo que brilla* de un metal convoca una red de agencias entre las que se cuentan fuentes lumínicas, condiciones climáticas, superficies, para que tal vislumbre suceda.

Ahora bien, ¿cómo nos afecta aquello que brilla? *Lo que brilla* atrae la atención, genera un encuentro singular, aurático, para decirlo con Benjamin. En términos etimológicos, pese a su cercanía fonética con la palabra *aura*, venida de una *caricia casi imperceptible del viento*, el oro viene de *aurum*, de ese *amanecer brillante*; ese resplandor que marcó la invención de una tierra incógnita.

El estatuto que se le otorga a *lo que brilla* es una forma de afecto específica y situada. El brillo dorado del oro viene desplegando multiplicidad de fuerzas afectivas entre alquimistas, comunidades indígenas, navegantes, científicos, artistas, inversores, entre otros, que componen narrativas. Algunos de estos relatos cuentan que el oro que existe en la Tierra viene del impacto de meteoritos; que el oro, metal perfecto, incorruptible, bello, inalterable, raro tiene un nacimiento ginecomórfico a ritmo geológico (Capitán Vallvey, 2017, 23); que el oro es la sangre del sol; que

el oro cuenta entre las riquezas de las naciones. En cualquier caso, su extracción convoca múltiples técnicas tales como minería aluvial, subterránea y/o a cielo abierto y múltiples rituales.

Como bien señalan autoras que componen este dossier, el dorado viene de un ritual - para los Muisca- donde se endorecía el cuerpo del líder con polvo de oro y se entregaba el oro al lago, en una ofrenda. La materia vuelve a la tierra a través del agua. Pero también, esta fuerza ritual llegó a endorecer los estados-nación. El oro estableció un consenso metálico entre estados, respaldando la emisión, reservas e intercambios monetarios de y entre países: Patrón Oro (1870-1914) es un nombre para una ficción de estado fundada en la base de la inagotabilidad de bienes naturales (Bechimol, 2020) que volvió a endorecer la mirada con el envío argentino de tres toneladas de oro que componen el 60 por ciento de las reservas del Banco Central, a Londres, el pasado junio de 2024. El dorado aparece como mito, reserva de imaginación para los estados, que multiplica la invención de territorios de extracción. Las exploraciones que moviliza la fuerza afectiva de El Dorado siguen trazando cartografías de tierras ignotas e inciertas, impensadas, inesperadas, tierras distantes que mueven deseos. El dorado es una metáfora para hablar de una trampa, de un *joker*, de un vacío y vaciamiento; a veces mina, a veces montaña, de una codicia. Se vuelve metonimia al abrillantar múltiples formas de extracción.

Siguiendo a María Puig de la Bellacasa, (des)componemos relatos como parte de un suelo vivo que composta y cultiva alquímicamente (2023). Pensar como una montaña, ver los recursos minerales como una máquina o un software, contar como una escombrera entraman conexiones pedregosas. Vitalidad inorgánica, vértigo ontológico, sacude la supuesta quietud geológica. Enredos lítico-humanos mineralizan los relatos e impregnan el lenguaje. Trazas metálicas afectan, también, nuestro medio lingüístico e invención sígnica. El señuelo dorado, como sostiene Todorov, persiste en adoraciones capitalísticas -tales como la sanción del reciente Régimen de incentivos para Grandes Inversiones (RIGI) en Argentina- aun cuando el mineral buscado ya no sea solo, por ejemplo, el oro colombiano, la plata potosina y argentina, el cobre famatino y andalgalense sino, también, el gas y petróleo no convencional de Vaca Muerta, el litio de los salares de Argentina, Chile y Bolivia y los elementos de las tierras raras (ETR) en el noroeste de nuestro país, en el marco del nuevo consenso de los *commodities* (Svampa, Viale, 2014)

Entonces, auroficciones es un nombre para un artilugio que trae a la memoria técnicas de orfebres, joyeros y alquimistas que consistía en endorecer metales para conseguir que, al cambiar su coloración como cualidad sensible que modifica su apariencia, los metales se parecieran al oro, metal supremo, perfecto, sol de la alquimia (Santos, 2006, 61). Auroficción es

un nombre para una transmutación de nuestro medio lingüístico –“ese medio por excelencia que es el lenguaje” (Zsendi en Parikka, 2021, 161)- una palabra conglomerado que, como el plastiglomerato, arroja una “formación aglomerante o aglutinante”, un nombre que lleva en su traza la formación de una roca que nos es contemporánea (Zsendi en Parikka, 2021, 160). El dorado, finalmente, una auroficción contemporánea.

En este dossier contamos con el privilegio de artículos que vienen de diferentes trayectorias y que, azarosamente, se compone de escrituras de pensadoras y hacedoras mujeres.

Yolanda Woods propone repensar este mito fundacional, geografía imaginaria y empresa colonial, desde una revisitación crítica y decolonial de la persistencia del oro en el avance extractivo sobre los territorios y en la mirada de artistas contemporáneos en Latinoamérica y El Caribe. A partir de una selección de piezas visuales, el artículo recupera miradas críticas que interpelan daños medioambientales y sociales que vienen con esta obsesión dorada en la que el áureo metal sigue afectando estos suelos y sus formas de vida.

Charlotte Rogers indaga cierta pregnancia en la literatura de la leyenda El Dorado. Siguiendo los rastros en letras latinoamericanas, interpela formas de extractivismo preanunciadas en el desmantelamiento del Amazonas. Acompañada de Alejo Carpentier, Álvaro Mutis y Milton Hatoum postula una desintegración de la promesa dorada en esta serie de autores latinoamericanos que lleva a un estado de crisis productiva. Aparecen, entonces, las explicaciones de Kopenawa acerca de las creencias yanomamis sobre el oro que operan como importante contrapeso a la quimera de El Dorado y entrelazan cosmovisiones indígenas con hechos científicos: sin el bosque, las lluvias inundarán todo, y ya no quedará nada para seguir heredando comunalmente y transespeciamente.

Ana Llurba postula el oro como fuerza extractiva colonial que marca la historia latinoamericana y afecta el arte latinoamericano contemporáneo. Recupera saberes cosmológicos, rituales indígenas y políticas industriales para proponer un recorrido crítico de la historia colonial a través de artistas de Colombia, Brasil y Venezuela en un contexto de fuerte avance de la megaminería en la región que afecta, también, las formas de hacer y pensar ficción.

Maia Gattas Vargas decide explorar, a través de la videoinstalación *Historia de un desengaño* (2003) del artista belga Francis Alys, cómo el dorado actúa como espejismo en la Patagonia, indagando en las diversas formas nominativas que ha tenido este territorio que fue parte de un plan de exterminio y de fundación de un “desierto”, un concepto que sólo puede

provenir de las fuerzas antrópicas y de un imaginario nihilista que dejaría todos los territorios vacíos de existencias.

Catalina Devesa, Constanza Maldonado y Micaela Urrutia proponen indagar la contemporaneidad del mito desde el concepto de archivo audiovisual de Deleuze, a partir de una selección de enunciados e imágenes que recuperan de la muestra artística llevada a cabo en la Fundación PROA, El dorado, un territorio (Buenos Aires, 2023).

Candice Hopkins propone un relato de siglos de intercambio y de explotación, en una escucha diferente de los pueblos Tlingit y Tangelish. Convoca una suerte de diario del cotidiano de los tiempos de encuentro entre estos pueblos con habitantes tanto orientales como occidentales, en un diálogo de escalas de pertenencia a la tierra, de apropiación y desposesión, de ríos y cohabitantes no humanos. Desde narrativas no occidentales, postula una mirada endurecida para pensar en la crisis de habitabilidad, de valor y de sustentabilidad, entre otras pestes, que trajo el relato. Una forma de hablar del dorado en el extremo opuesto del continente.

Bibliografía

Benchimol, P (2020) Estructura del sistema monetario internacional: repensando la dinámica actual a partir de sus transformaciones históricas. Revista enfoques, Volumen XXXII, N° 2, Pp. 25-49.

Bellacasa, M. P. (2023) *El espíritu del suelo. Por una comunidad más que humana*. Tercero incluido, Barcelona.

Capitán Vallvey (2017). Químicos y alquimistas. En: *Entre la alquimia y la química*. Editorial universitaria de Granada Pp. 15-53.

Cohen, J. (2015) *Stone: an ecology of the inhuman*. Universidad de Minnesota. EUA.

Defert, D. (2010) 'Heterotopía': Tribulaciones de un concepto entre Venecia, Berlín y Los Ángeles. En: Foucault, M. (2010) *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Nueva visión. Argentina.

Foucault, M. (2010) *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Nueva visión. Argentina.

Foucault, M. (2008) *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. S XXI. Argentina.

Haraway, D. (2017) *Testigomodesto@segundo_milenio. Hombrehembra_ conoce_oncorata*. Feminismo y Tecnología. Rara Avis.

Parikka, J. (2021) *Una geología de los medios*. Caja negra. CABA.

Parikka, J. (2021) *Antropobsceno y otros ensayos. Medios, materialidad y ecología*. Mímesis.

Santos, S. (2006) Historia de la alquimia I; La alquimia griega. Real Sociedad Española de Química, N 102 (2) Pp. 60-67.

Segemar. (2004) Historia de la Minería Argentina Tomo I y II.

Svampa, M.; Viale, E (2014). *Maldesarrollo: La Argentina del extractivismo y el despojo*. Buenos Aires: Katz.

Disponible en: <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.1260/pm.1260.pdf>

Szendi, P. (2021) Posfacio. El anverso y reverso de los medios. En: Parikka, J. (2021) *Antropobsceno y otros ensayos. Medios, materialidad y ecología*. Mímesis. Pp. 157-163.

Todorov, T. (2007) *La conquista de América. El problema del otro*. SXXI eds.

Villalobos Ruminot, S. 2016. *Heterografías de la violencia. Historia, nihilismo, destrucción*. La cebra.

Fecha de recepción: 29 de septiembre de 2024

Fecha de aceptación: 20 de octubre de 2024

Licencia  Atribución
- No Comercial - Compartir Igual
(by-nc-sa): No se permite un uso
comercial de la obra original ni de
las posibles obras derivadas, la
distribución de las cuales se debe
hacer con una licencia igual a la
que regula la obra original. Esta
licencia no es una licencia libre.

